



¿POR QUE LAS MAESTRAS SE CASAN POCO?

Es considerable el número de las maestras que se quedan solteras o que se casan tarde, si bien, una buena parte se casa tan bien o mejor que las mujeres de cualquier otra profesión.

Aquel fenómeno, frecuente en la capital y en provincias, no deja de ser digno de observación puesto que la maestra es tan agraciada como cualquier otra joven y posee, además, la ventaja de tener entre manos un medio seguro de ganarse la vida.

Sin embargo, la obrera, la empleada, la joven que se ocupa de las tareas de su casa, suelen casarse más jóvenes y en mayor número. Es claro que perteneciendo, por lo general, la maestra a la clase media, se case menos que la obrera, puesto que el hombre obrero se casa también más joven, y en mayor número, que el de la clase media; pero no es lógico que se case menos que la empleada, ponemos por caso.

Las razones que hemos podido catalogar en un rápido examen de este asunto, se reducen a cuatro principales: un factor económico, otro intelectual, otro social y otro moral.

El factor económico—

Es fenómeno bien visto ya, que mientras más seguridad económica hay en la mujer, menos prisa tiene por casarse.

Un sentimiento, de cualquier clase, tiene infinito número de causas externas que lo precipitan, lo enfrían o lo avivan.

Más fácil le será entrar en estado de amor, o en estado propicio al casamiento, a una joven necesitada del apoyo económico masculino, que a quien puede ir sosteniendo su vida material con sus propios esfuerzos. Quien tenga necesidad de casarse hallará menos defectos en su pretendiente, los disculpará antes, los investigará más dócilmente y, en una palabra, cerrará los ojos más pronto y amará o creará amar con más facilidad, que quien sea pausada en ver y elegir. Claro está que esta condición de querer elegir bien, no siempre es virtud.

Su exceso puede conducir a perderlo todo por mucho buscar.

Pero este factor económico no tiene solamente esta faz: muchas maestras sostienen, ellas solas, su casa. Su casamiento, entonces, importa el abandono de seres necesitados; bien es cierto, por otra parte, que en esta condición se encuentran una porción de mujeres de distintas profesiones y oficios y que, por la misma causa, retardan su casamiento o no lo realizan nunca.



El factor intelectual—

Es curioso señalar cómo el factor intelectual, es decir, los conocimientos, la intelectualidad, propios de una maestra, son un impedimento para su casamiento en vez de favorecerlo y estimularlo.

Salvo reducidos casos los hombres desean una esposa «lo menos intelectual posible». Su sola prevención de que la maestra puede ser intelectual detiene la declaración en boca del buen muchacho que concurre a una fiesta familiar. Luego, la mujer, como recién comienza a saber, no pierde ocasión de lucirlo, y suele incurrir en esos pequeños defectos de pedantería, que, el hombre, por lo mismo que los tiene en abundancia, no quiere tolerar en ella.

El buen muchacho va al baile familiar a bailar, y no a discutir la ubicación de un río en un mapa, y así, se declara a quién mejor balla, y no a quien mejor intenta discutirle geografía.

Luego, entre nosotros, frecuentemente la mujer vale, en igualdad de condiciones, más que el hombre.

Por poco que, la menor causa haga resaltar este valor, aun en cosas triviales, la mujer se hace si no antipática, indiferente.

El factor social—

A lo anterior nante apuntado viene a agregarse algo muy importante: la vanidad social.

Este mal, muy nuestro, y acaso uno de los peores, no es privativo de la mujer maestra, pero la perturba también.

La maestra se encuentra en una situación especial: por lo que económicamente gana, por lo que sabe, por lo que está en condiciones de leer, de adquirir, aspira a más de lo que su medio social le permitiría.

El empleado común ya es poco o lo considera poco para ella.

Echa ojos sobre el profesional, sobre su título: médico, abogado, ingeniero.

A su vez éstos, echan ojo sobre los apellidos o las fortunas y el desencuentro se produce.

Podría agregarse aquí que no siempre hay vanidad en esta aspiración: acaso muchas veces haya un lógico deseo de encontrar en el esposo un espíritu cultivado, y una mayor ventaja económica.

Es así como la maestra suele resultar «mucho» para el simple empleado y «poco» para el profesional, si bien no es difícil su unión con éste, sobre todo en capitales de provincia, donde familias distinguidas, pero pobres, viven del sueldo de las muchachas maestras.

El factor moral—

No hay que olvidar que, en medio de todo, una ocupación de varias horas, con un fin elevado, es ya, en sí, un motivo de vida.

Un corazón femenino, tierno, tiene ya, en esta tarea cerca del niño, mucho de la función maternal tan necesaria a la vida de la mujer.

Hemos, pues, de incluir esta causa entre las que contribuyen a que las maestras suelen quedarse solteras, causa ésta, de las más honrosas, si las hay.

TAO LAO.